

26 de octubre de 2006

Roces con la fama

Gina Cariño



El día de mi 47 cumpleaños, tengo derecho a ser superficial. Te voy a contar unos encuentros con gente famosa. Encuentros extraordinarios con gente extraordinariamente famosa.

Jamás discernería a Lauren Bacall desde dentro de una muchedumbre marujona y chirriante aparcada fuera del Hotel María Cristina durante el Festival de Cine de San Sebastián. Esa manera de ver en persona a personas famosas no vale. Tampoco vale haberla visto actuar en Broadway en los años 80. Este artículo trata del acto de ver a famosos cuando no tienen la intención de ser vistos. Se trata de pillar a personajes públicos en un momento privado.

Pero tampoco vale haberla visto desde la otra acera según entraba en Dakota Mansions, ese edificio que da miedo donde vive y donde también vivió John Lennon (vi a Bacall en el mismísimo sitio donde mataron a Lennon). La proximidad es esencial. Para rozar con la fama, tienes que tener al famoso muy cerca.

James Mason (¡vaya grandullón!) estuvo en la mesa de al lado en Café San Martín, un restaurante español. Walt Frazier de los New York Knicks (¡vaya gigante!) bailó a mi lado en Adam's Apple, una discoteca. Al Pacino (¡qué pequeño!) cruzó conmigo la avenida Madison. Pero no me miraron. Un roce de fama requiere contacto visual.

Un vecino y yo intercambiamos miradas en el ascensor. Como yo pasaba del tenis, no sabía que era el VIP que ocupaba el piso privilegiado de la última planta. Me lo dijo el conserje. Era Ivan Lendl!

Puede haber contacto físico. Salí de la tienda Hallmark, en la Quinta Avenida, justo al entrar una mujer alta y regia. Hubo un breve cruce de miradas. Casi le digo hola. Me sonó pero no caí. ¿Era alguna conocida de mis padres? Después me di cuenta. ¡La Reina de España! Como nuestras mangas se habían tocado, aquello fue literalmente un roce con la fama.

Pero no. Un verdadero roce con la fama requiere algún intercambio verbal. También en la Quinta Avenida pero más arriba, mi hermana de 10 años salió del colegio y siguió a una mujer alta y elegante que vivía a un par de manzanas de allí. “Perdón, ¿es usted la señora Jacqueline Bouvier Kennedy Onassis?” Jackie sonrió y dijo: “Así es, pero no hace falta decir todo eso”.

Más encuentros de ascensor. Mi padre, aficionado a películas sobre la Segunda Guerra Mundial, entró en uno y dijo: “Buenas tardes, General”. “Buenas tardes”—contestó Gregory Peck, que había hecho el papel de Douglas MacArthur. Yo le habría llamado Atticus (protagonista de *Matar a un risueño*).

Me encantaba Halloween en Nueva York. Allí, lo de “truco o trato” se hacía en el interior y verticalmente. En lugar de ir de casa en casa por las calles, se iba de planta en planta en ascensores y escaleras. Y me gustaba tener una vista fugaz de los pisos. A veces no tan fugaz. Un hombre muy alto y grandullón, de postura repatingada y mirada inquietantemente familiar, nos invitó a entrar en un oscuro vestíbulo lleno de velas y objetos de miedo. En el centro había una mesa repleta de dulces de lo más exquisito—un auténtico bufé de golosos. “Serviros”—dijo Donald Sutherland. ¿Dónde andaría Kiefer?

¡Feliz Halloween! Ahora te toca. Cuéntame un roce con la fama. Acuérdate de los criterios: momento privado, cercanía, intercambio de mirada y palabra. Si fue a más, ya no se puede considerar un mero roce. No vale.